

Psicología Social de la Memoria: Espacios y Políticas del Recuerdo

Social Psychology of Memory: Places and Policies of Memory

Isabel Piper-Shafir y Roberto Fernández-Droguett
Universidad de Chile

Lupicinio Íñiguez-Rueda
Universidad Autónoma de Barcelona

La psicología social de la memoria busca comprender e intervenir en los procesos de memoria colectiva desde un enfoque discursivo y performativo, atendiendo tanto a las narraciones del pasado como a los usos del espacio público en las acciones de recordar. Se presenta el recorrido conceptual e investigativo que el equipo de Psicología Social de la Memoria de la Universidad de Chile ha desarrollado durante su trayectoria. A partir de las diversas investigaciones realizadas, se muestra cómo la incorporación de la dimensión performativa de la memoria ha implicado un énfasis teórico y metodológico en el estudio de conmemoraciones, lugares de memoria y políticas del recuerdo. Asimismo, se da cuenta de ciertos desplazamientos investigativos que han llevado desde el estudio de las memorias centradas en la figura de la víctima a la comprensión de "otras memorias", aquellas que construyen sujetos no víctimas, considerando las diferencias entre las generaciones que no vivieron la dictadura en Chile y las que sí lo hicieron.

Palabras clave: psicología social, memoria colectiva, conmemoraciones, lugares, políticas

The aim of the social psychology of memory is to understand and intervene in the processes of collective memory from a discursive and performative approach, looking both at the narrations about the past and at the uses of public space in the actions of recalling. This paper presents the conceptual path that the Social Psychology of Memory Team at the University of Chile has developed during its research and action trajectory. Drawing on the multiple studies conducted, this paper shows how incorporating the performative dimension of memory has involved a theoretical and methodological emphasis on the study of commemoration, places of memory and policies on memories. The article also shows certain shifts in research, which has gone from focusing on the study of the figure of the victim to considering "other memories", those constructed by non-victim subjects, bearing in mind the differences between the generations that did not experience the dictatorship in Chile and those that did.

Keywords: social psychology, collective memory, commemorations, places, policies

En este año 2013 se cumplen 40 años del golpe militar en Chile que derrocó al gobierno de la Unidad Popular y 23 años del fin de la dictadura que le siguió. Pese al tiempo transcurrido, la violencia de ambos sigue siendo un tema que nos duele y nos preocupa, y cuyo recuerdo permanece vivo en las memorias de la sociedad chilena (Magendzo, Rubio & Aubel, 1999; Prado & Krause, 2004). Ya sea en conversaciones con familiares o amigos y amigas en medios de comunicación o en la escuela, el tema se nos presenta a menudo y adopta formas diversas, tales como películas, novelas, canciones, imágenes, monumentos, parques recordatorios y museos. La

Isabel Piper-Shafir y Roberto Fernández-Droguett, Departamento de Psicología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago, Chile; Lupicinio Íñiguez-Rueda, Departamento de Psicología Social, Universidad Autónoma de Barcelona, España, y Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile.

Este artículo ha sido apoyado por el Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico, a través del proyecto FONDECYT N° 1110162.

La correspondencia relativa a este artículo debe ser dirigida a Isabel Piper-Shafir, Departamento de Psicología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Avda. Ignacio Carrera Pinto 1045, Nuñoa, Santiago, Chile. E-mail: ipiper@u.uchile.cl

amplitud, diversidad y carácter dinámico de las acciones de recordar obligan a quienes investigamos este proceso a desarrollar perspectivas conceptuales, metodológicas y analíticas que permitan el reconocimiento de todas estas formas de memoria, buscando permanentemente nuevas y mejores estrategias para enfrentarnos a esta amplia y cambiante realidad (Piper & Hevia, 2013).

Lo anterior ha impactado en nuestras investigaciones, haciendo que sus preguntas y objetivos cambien y que nos veamos enfrentados y enfrentadas a desarrollar nuevos conceptos y métodos. En este proceso hemos ido construyendo una línea de trabajo centrada en el estudio, comprensión e intervención de las memorias colectivas que construimos en torno al golpe militar de 1973, a la dictadura que le siguió y a los intentos de transitar hacia la democracia. La pregunta central en torno a la cual gira dicho trabajo se refiere a los sujetos que estas memorias construyen, así como a sus efectos en nuestros presentes y posibles futuros.

El lugar intersticial que la psicología social ocupa en el mapa de las disciplinas científico-sociales la convierte en un marco referencial adecuado para la comprensión de procesos de memoria colectiva. Aunque sus debates han estado desde siempre marcados por la tensión entre lo individual y lo colectivo, hoy podemos afirmar que, sin desdeñar el impacto que el contexto social tiene en el comportamiento humano ni la necesidad de reconocer el papel de la acción individual y colectiva en la constitución de los procesos sociales, la psicología social aporta una mirada propia, una mirada que, como dice Serge Moscovici (1984/1985), considera simultáneamente los procesos sociales constituyentes de la subjetividad, las acciones que construyen al sujeto social y la construcción de la realidad social, con especial interés en la dimensión simbólica de los procesos sociales.

Nos referimos a nuestra línea de trabajo como una *psicología social de la memoria* buscando enfatizar que esta es una dimensión constituyente y constitutiva de la realidad social. Desde un enfoque psicosocial y siguiendo a autores como Halbwachs (1950) y Vázquez (2001), entendemos la memoria como una acción social, política y cultural construida simbólicamente y de carácter hermenéutico. Esta sería el resultado de un proceso colectivo en el que entidades, tanto objetuales como sociales, organizacionales e institucionales, interaccionan construyendo significados y símbolos compartidos (Vázquez, 2001). Lo anterior nos ha llevado a centrarnos en las acciones colectivas que llevamos a cabo para recordar, tales como discursos, conmemoraciones o uso del espacio público. A su vez, implica entender la memoria como un proceso de interpretación del pasado que tiene efectos en el tipo de relaciones e identidades sociales que contribuyen a construir. En este proceso el lenguaje y el discurso han sido vistos como los elementos constitutivos principales de la memoria colectiva y los procesos de recuerdo. En nuestras investigaciones hemos integrado a este enfoque la consideración de las materialidades y la *performance*, tal como mostraremos en este texto.

La fuerza simbólica de la memoria está en su carácter productor de sujetos, relaciones e imaginarios sociales, poder que la convierte en potencial fuente de resistencias, inestabilidades y transformaciones. Pero el mero hecho de recordar u olvidar determinados acontecimientos no garantiza su carácter transformador, el que depende de la capacidad de sus prácticas de tensionar las versiones hegemónicas imperantes en un determinado orden social. Ese es el desafío de la psicología social de la memoria que practicamos y que hemos asumido en nuestras investigaciones en el campo de las memorias de la dictadura en Chile: analizar las acciones en las que nos implicamos al recordar, problematizando las versiones del pasado que ellas producen y, al mismo tiempo, promoviendo la construcción de nuevas interpretaciones y sentidos que nutran formas diferentes y móviles de producir sujetos sociales (Piper, 2009; Piper et al., 2011; Piper & Hevia, 2013; Piper, Reyes & Fernández, 2012).

En el desarrollo de esta perspectiva, y siempre comprendiéndola desde un paradigma interpretativo, hemos transitado desde una concepción discursiva de la memoria hacia la incorporación de su dimensión performativa, preocupándonos no solo por recuerdos construidos lingüísticamente, sino también por la dimensión de actuación que estos tienen.

En este artículo nos referiremos a los fundamentos teóricos de esta mirada y a nuestra experiencia de investigación. Empezaremos explicando qué significa entender la memoria como

discurso, es decir, como construcción de relatos sobre el pasado, dando a conocer algunas de las conclusiones a las que hemos llegado en su análisis, especialmente en relación a la construcción de una *retórica de la marca* (Piper, 2005). Luego expondremos la noción de *performance*, entendida como acciones ritualizadas que participan de la construcción de significados sobre el pasado, y la importancia de incorporarla en el análisis de la construcción de sujetos de memoria (Fernández, 2006; Piper, 2009). En tercer lugar, expondremos parte de nuestras investigaciones sobre conmemoraciones y usos de lugares de memoria, en las que se incorporan tanto la dimensión discursiva como la performativa (Piper et al., 2012). Finalmente, concluimos que los procesos de memoria colectiva deben ser analizados desde una visión que incorpore diversas dimensiones, para lo cual debe desarrollar perspectivas conceptuales amplias y abarcadoras, así como metodologías complejas y dinámicas.

La Memoria Como Acción Discursiva

La memoria colectiva, en tanto temática y categoría analítica, ha irrumpido en las últimas décadas en debates públicos, discusiones políticas y reflexiones académicas, transformándose en un concepto central para el diálogo interdisciplinario (Radstone, 2000). Entre los autores más citados está el sociólogo francés Maurice Halbwachs (1925, 1950), quien propuso el concepto de memoria colectiva como un proceso elaborado y configurado en y desde las relaciones sociales. Sus trabajos abordan la relación entre la memoria y procesos como el lenguaje, la identidad y el espacio, dando lugar a un campo prolífero de reflexiones teóricas e investigaciones empíricas.

Otros autores y autoras han profundizado en estas relaciones, incorporando conceptos como el de discurso, enfatizando que la memoria es una construcción social y que, por tratarse de un producto cultural, estaría simbólicamente definida y relacionada con el lenguaje de manera inmanente (Bartlett, 1930/1995; Middleton & Brown, 2005; Middleton & Edwards, 1990; Piper, 2005; Tocornal, 2008; Vázquez, 2001; Vázquez & Muñoz, 2003).

Siguiendo a Vázquez (2001), entendemos la memoria como una acción discursiva realizada en el presente que construye relatos sobre el pasado, los que constituyen una trama de relaciones en las que contenido y forma son indistinguibles. Recordar algo es decir, al mismo tiempo, qué y cómo se lo recuerda, delimitando un momento específico y con un cierto tejido o trama de sentido.

Hacer memoria es interpretar el pasado, lo que es normado por la posición que el sujeto ocupa en la tradición histórica y cultural. Es decir, las posibles interpretaciones (memorias) no estarían dadas por los acontecimientos que se recuerdan, sino por la posición que ocupamos en dicha tradición. Eso implica que no existe una interpretación verdadera, sino que toda interpretación es relativa a sus condicionantes socio-históricos de producción y a los anclajes culturales y lingüísticos del sistema de significados que la articulan (Gadamer, 1975/1993). La realidad, en nuestro caso el pasado, puede interpretarse de múltiples maneras, pero no de cualquiera. Las posibilidades y límites de su interpretación están dados por las condiciones normativas que no son fijas ni preexistentes a la sociedad, sino que son una producción histórica.

Recordamos haciendo una articulación narrativa de los acontecimientos en la que cada elemento adquiere sentido en su relación con la configuración global de la cual forma parte. Las narraciones se arman en torno a una secuencia y trama que resultan fundamentales para su comprensión. Se construye una intriga en la que se reúnen acontecimientos, personajes, azares, intenciones, entre otros (Ricœur, 2001), dando lugar a una narración que organiza hechos heterogéneos en una síntesis temporal unificadora (Ricœur, 1984/1987). Esta no surge de la reproducción fiel de los acontecimientos, sino que se construye armando secuencias, estableciendo relaciones, aportando detalles, introduciendo conocimientos socialmente compartidos, moviéndose por el tiempo y aprovechando la virtualidad que la narración tiene de poder reconfigurar el tiempo (Ricœur, 1984/1987). Discursos y narraciones son prácticas que mantienen y promueven ciertas relaciones sociales. Su análisis implica, por tanto, preguntarse

por el tipo de relaciones o realidades que estos contribuyen a construir (Íñiguez & Antaki, 1998).

Nuestro equipo de investigación ha desarrollado numerosas investigaciones orientadas por estas premisas teóricas (Fernández, 2006; Piper, 2005; Piper, Arteaga, Escobar & Reyes, 2009; Piper, Escobar, Fernández & Raposo, 2006), lo que en términos metodológicos se ha traducido en la implementación de diseños cualitativos orientados a indagar en la construcción de memorias desde una perspectiva discursiva (Íñiguez & Antaki, 1998). No buscamos establecer la verdad de los hechos que se recuerdan, sino comprender cómo diferentes actores sociales elaboran versiones de ese pasado.

Aunque las memorias construidas en Chile sobre la dictadura son múltiples y diversas, nuestra investigación y análisis de tramas narrativas y efectos discursivos nos han llevado a sostener que sus efectos políticos trascienden las diferencias ideológicas y de contenido, produciendo sujetos y campos posibles de acción política. El golpe de estado de 1973 ha sido y sigue siendo un epicentro de las memorias de nuestro pasado reciente. La historia de ese día es relatada de muchas maneras, en la intimidad o en la denuncia pública (Rosa, 2001). Aunque ha adquirido diversas formas discursivas, los referentes usados son casi los mismos y van constituyendo las figuras del quiebre, la fractura, la herida. Estos discursos se articulan en torno a un argumento similar que sitúa a la violencia de la dictadura como una marca, una huella y una cicatriz que opera como determinación de lo que somos como sociedad y de la identidad de sus víctimas directas: operan como una retórica de la marca (Piper, 2005).

Nuestros datos muestran que los recuerdos que circulan sobre ese día 11 y los años de dictadura que le siguieron no suelen ser heroicos. Hablan de luchas y resistencias, pero se centran principalmente en la experiencia del sufrimiento y del miedo. La memoria que se repite de manera ritualizada es la del recuerdo de los compañeros y compañeras que lucharon por construir una sociedad mejor y el dolor de su muerte; del recuerdo del proyecto de transformación de la sociedad y el dolor de su derrota. El sufrimiento de las víctimas es un elemento central de la retórica de la marca, aunque desde distintos lugares sociales la definición de quién es víctima sea diferente.

El hecho mismo de recordar ha posibilitado la elaboración de duelos y ha contribuido a denunciar la represión del gobierno militar y la ausencia de políticas por parte del Estado democrático. Sin embargo, la memoria hegemónica ha tenido también el efecto de convertir el sufrimiento en un elemento legitimador, en el capital privilegiado de la memoria transmisible (Vinyes, 2009).

El análisis de discurso utilizado para interpretar entrevistas, grupos de discusión y otros materiales nos ha mostrado que la retórica de la marca contribuye a construir un sujeto nacido de las experiencias traumáticas, cuyo presente estaría constituido por los legados del pasado. Los discursos de la dictadura describen su experiencia acudiendo a la violencia como la característica más importante sobre la cual se conformaría dicha identidad. Ser víctima va adquiriendo por esta vía un carácter de esencialidad y el rescate de dicha esencia forma parte de los discursos del pasado que interpelan a la sociedad a reconocer que en su seno existe este nuevo sujeto social y que es un legado o huella de la dictadura (Fernández, 2006; Piper, 2005; Piper et al., 2006; Piper et al., 2009).

La Memoria Como Performance

Pero la memoria no solo se hace lingüísticamente, sino también a través de la realización de prácticas diversas que hacen necesario ir más allá de los recuerdos dichos con palabras. Hay dos conceptos que nos han resultado útiles a la hora de entender la relación entre discurso y materialidad: el de *fuerza ilocutiva* (Searle, 1965/1977) y el de *performatividad* (Austin, 1962; Butler, 1997, 2001).

La fabricación de realidades se conforma en un entramado discursivo y material. Para Searle (1965/1977) el acto ilocutivo es la unidad mínima de comunicación y la fuerza ilocutiva,

la posibilidad de ser, el potencial de disposición y ordenación de relaciones; un nudo de acción que, en interacción con otras fuerzas, generará efectos sobre aquello con lo que interacciona.

En ocasiones el debate discurso-materialidad parece alimentarse de la reificación de la distinción dualista de dos sustancias: la material y la discursiva, que son analizadas con métodos diferentes. Pero nuestro interés no está en solo una de ellas, pues las prácticas sociales son acciones de redes en contextos socio-materiales determinados. Es por ello que nuestro interés está en lo que acontece y en las prácticas semiótico-materiales que lo originan. Solo cuando se piensa en términos de acciones resulta pertinente preguntarse por quiénes actúan, pues los actores y actrices solo son en interacción.

Discurso y materialidad son operaciones que ordenan y disponen la acción y el concepto de fuerza ilocutiva sirve para comprender cómo se producen las articulaciones semiótico-materiales (Flores, Íñiguez-Rueda & Martínez, 2012). El ámbito donde esta conjunción se produce es el de la performatividad.

La noción de performatividad fue desarrollada por John Austin (1962) con el objetivo de analizar el lenguaje cotidiano rompiendo con la falacia descriptiva, es decir, considerando que el lenguaje realiza acciones y no es simplemente descriptivo. El aparato conceptual que se deriva de la teoría de los actos de habla ha conseguido alentar nuevas perspectivas en el estudio de procesos psicosociales. Desde la noción de performatividad, desarrollada por Judith Butler (2001, 2002), se ha enfatizado el potencial de la propuesta de Austin, elaborando una noción que ha servido para pensar cómo discurso y materialidad conforman realidades (Flores et al, 2012).

En la práctica de recordar se entrelazan palabras, silencios, imágenes, artefactos, cuerpos, lugares, entre otros, y es precisamente la relación entre ellos la que contribuye a construirlos. Estas acciones reproducen interpretaciones del pasado, pero al mismo tiempo contribuyen a transformar las condiciones que harán (o no) posibles nuevos campos de sentido, y es eso precisamente lo que otorga a la memoria su poder de construir versiones contra hegemónicas. Así, inspirados en Butler (2001, 2002), Taylor (2005, Octubre) y Reguillo (2005, Octubre) nos propusimos enfocar el estudio de las memorias de la dictadura en la potencia articuladora y eventualmente transformadora de la performance (Piper, 2009; Piper et al., 2012).

Desde el punto de vista teórico, entender la memoria como práctica performativa contribuye a pensarla como un conjunto de acciones reiteradas constreñidas a ciertas normas, constructoras de identidades, en las cuales confluyen o, más bien, se desdibujan los límites entre la artificialidad y lo real. En tanto performance, se apoya en un contexto específico para su significación y funciona como un sistema histórico y culturalmente codificado (Piper et al., 2012; Reguillo, 2005, Octubre; Taylor, 2005, Octubre). La memoria tiene a la vez el potencial de fijación y subversión, constituyendo, por tanto, un espacio privilegiado para entender los procesos de disputa y construcción hegemónica de versiones del pasado, las identidades en juego y los intentos de elaboración de hechos violentos. Al mismo tiempo permite visualizar las condiciones de una política del recuerdo, entendida como la articulación de voluntades que genera condiciones de posibilidad para la construcción de saberes, afectos e identidades sobre el pasado y que están siempre abiertas a re-significación (Piper, 2009).

En nuestras investigaciones sobre usos del espacio público para recordar (Fernández, 2006, 2012; Piper et al., 2006; Piper et al., 2009, Piper et al., 2011) hemos estudiado diversas prácticas de memoria colectiva —especialmente conmemoraciones y construcción de lugares de memoria— y su repetición ritual de símbolos, estéticas y discursos. En términos metodológicos, la noción de performatividad ha implicado centrar nuestra mirada en cómo estas prácticas van configurando el sentido del pasado al cual remiten, privilegiándose en ese sentido dispositivos de producción de datos que integran técnicas de observación y registro audiovisual de contextos naturales. Los datos producidos nos han mostrado que dichas acciones contribuyen a hegemonizar ciertas versiones del pasado reiterando una norma o un conjunto de ellas que “en la medida en que adquiere la condición de acto en el presente, oculta o disimula las convenciones de las que es una repetición” (Butler, 2002, p. 34).

A través de nuestras investigaciones hemos sido testigos —y quizás participes— de cómo las víctimas se han constituido en sujeto social pleno de significados. Pero, como nos dice Butler (2002), pese a que la performance instituye al sujeto, nunca lo determina por completo, y justamente ahí se ancla su capacidad política y transformadora. El despliegue productivo de identidades sociales muestra una posibilidad de subversión de las normas repetidas por la acción de recordar. Nos referimos a la posibilidad de problematizar aquellas identidades que aparecen como impuestas por medio del ocultamiento de las relaciones de poder que las producen, en este caso la víctima.

La problematización de la categoría de víctima y de las políticas centradas en la reparación de su “trauma” —término utilizado en dichas políticas— resulta indispensable para re-significar la primera y para ampliar y complejizar las posibilidades de articulación para acciones políticas de transformación social que devengan en políticas del recuerdo que garanticen el derecho —no el deber— de las memorias ciudadanas.

Nuestras investigaciones han mostrado que las prácticas de memoria colectiva contribuyen a construir tanto al sujeto víctima como al sistema social, político y cultural que le da sentido (Piper, 2005; Piper et al., 2009; Piper & Montenegro, 2008). Es por ello que nos propusimos estudiar tanto las acciones de recordar como los sujetos que producen, comenzando por aquellos que se erigen como los actores principales: las víctimas de las violaciones a los derechos humanos (Fernández, 2006, 2012; Piper et al., 2006; Piper et al., 2009).

Investigando Acciones Conmemorativas

Entender la memoria como performance supone centrarse en las acciones rituales en las cuales se realiza y que van construyendo —y eventualmente modificando— el sentido del pasado que se recuerda. Desde esa perspectiva, las conmemoraciones constituyen un ámbito privilegiado de estudio, pues es en este tipo de manifestaciones públicas reiteradas que la memoria se va reconfigurando.

Conmemorar viene de hacer memoria juntos, “memoria o recuerdo que se hace de alguien o algo, especialmente si se celebra con un acto o ceremonia” (Real Academia Española, 2001, p. 626). Se trata de una práctica de memoria ritualizada que se desarrolla generalmente en una fecha y en un lugar, pues ambos suelen tener un significado para quienes realizan dicha acción. Aunque no siempre se recuerda lo mismo de la misma manera, las conmemoraciones a menudo implican la instalación de versiones oficiales que las rigidizan, haciendo que se conviertan en algo inerte, uniformador y vacío de sentido. Así, las conmemoraciones suelen contribuir al estancamiento en ciertas prácticas rituales y a la preponderancia de ciertas versiones que se asientan como verdaderas e incuestionables (Vázquez & Muñoz, 2003).

Toda conmemoración implica una forma de ritualidad social en la que diversos grupos hacen visibles sus memorias, poniéndolas en escena, al mismo tiempo que las reafirman a partir de actos simbólicos que delimitan el sentido de lo que se recuerda. Para Del Campo (2004):

La memoria de una sociedad está inscrita teatralmente en una serie de elementos espaciales, discursivos, visuales y rituales. Cada acto de conmemoración constituye, en su manejo espectacular, una nueva propuesta de versión oficial/pública de ese pasado histórico que intenta —desde el estado o desde los grupos subalternos— redefinir el accionar futuro a partir de este constante proceso de construcción y reconstrucción de imágenes, de resemanización de los símbolos ya cargados con una historia de prácticas tradicionales. (p. 70)

Las conmemoraciones implican comportamientos teatrales que toman distancia de la vida cotidiana del espacio utilizado. Sin embargo, es más que teatralidad en la medida en que, en tanto performance, se apoyan en un contexto específico para su significación y funcionan como un sistema histórico y culturalmente codificado. Los símbolos, estéticas y discursos que utilizan adquieren sentido solo en un contexto social, político y cultural específico (Taylor, 2005, Octubre). Se ponen en escena pública determinadas memorias, así como marcos de referencia

que indican “cómo se ha de recordar, qué se ha de recordar y qué significa esa memoria” (Vázquez, 2001, p. 130).

Las conmemoraciones no son espontáneas. Sus rituales y símbolos son establecidos y delimitados previamente, ya sea por la costumbre, por normas establecidas por los propios organizadores o por una mezcla de ambas. El mantenimiento de la memoria supone el respeto y apego a sus tradiciones y ritos, particularmente en el caso de aquellos que remiten a ocasiones políticas. Es lo que observamos al acercarse cada 11 de Septiembre, cuando se conmemora el golpe de estado de 1973 (Fernández, 2006; Piper, 2009). Irrumpen en la escena pública numerosos actos, debates, programas de radio y TV, exposiciones, obras de teatro, entre otros, referidos a la Unidad Popular, el golpe y la dictadura militar. Cada año se despliega un conjunto de dispositivos de producción del pasado, difundiendo la “verdad” de lo ocurrido y reproduciendo la retórica de la marca (Piper, 2005). Actualmente ya estamos siendo testigos de múltiples iniciativas que, desde que faltaba más de un año para la fecha, se comenzaron a preparar para conmemorar los 40 años del golpe.

Fernández (2006) y Piper et al. (2006) investigaron la marcha conmemorativa del 11 de Septiembre por medio de una metodología de tipo etnográfico, realizando diversas observaciones de esta. Los resultados obtenidos muestran que quienes asisten a la conmemoración suelen respetar sus normativas estéticas, de comportamiento y de uso del espacio: se visten de determinada manera, cantan determinadas canciones, asumen una actitud solemne, llevan determinadas pancartas, levantan el puño izquierdo cuando el guión así lo establece y se mueven dentro del límite del espacio impuesto por las autoridades. Como en toda performance, hay un guión bajo el alero del cual se desarrollan los actos y que, en el caso de las conmemoraciones, opera como una versión hegemónica del pasado. Ello no implica que éstas sean homogéneas; de hecho, en ellas coexisten multiplicidad de posiciones de sujeto, ya sea en diálogo, en paralelo o en conflicto. Así, aunque todos los manifestantes marchan desde el centro de Santiago hasta el Cementerio General, algunos lo hacen de forma ordenada y otros van causando destrozos o se enfrentan con Carabineros (la policía en Chile). Ya en el cementerio varios participantes se desplazan a diferentes lugares del mismo, llevando a cabo otras acciones conmemorativas. Pese a estos diferentes modos de asumir la conmemoración, todos actúan los aspectos centrales del guión establecido —reunirse en el centro de Santiago, marchar hasta el cementerio, juntarse en las tumbas emblemáticas, cantar ciertas canciones, hacer discursos sobre el golpe y la dictadura—, el que señala como objetivo fundamental de la manifestación el recuerdo de las personas muertas y desaparecidas (Fernández, 2006; Piper et al., 2009).

Sin embargo, como toda performance, las conmemoraciones tienen a la vez la potencialidad de reproducir significados y de transformarlos. “Las fechas y aniversarios son coyunturas en las que las memorias son producidas y activadas. Son ocasiones públicas, espacios abiertos, para expresar y actuar los diversos sentidos que se le otorga al pasado, reforzando algunos, ampliando y cambiando otros” (Jelin & Langland, 2003, p. 245). Son escenarios donde es posible tensionar las versiones hegemónicas del pasado, construyendo nuevos recuerdos y sujetos sociales. Su sentido puede ser apropiado y re-significado por actores sociales diversos, cambiando según las circunstancias y el escenario político en el que se desarrollan (Jelin, 2002). Un mismo lugar, objeto o símbolo puede ser cambiado de contexto de enunciación y así re-significado en un acto que tiene el efecto potencial de transformar versiones del pasado. Por ejemplo, la estatua de Salvador Allende en la Plaza de la Constitución es el resultado tanto político como estético de una iniciativa del Partido Socialista, pero el lugar termina siendo apropiado por una variedad de actores sociales y políticos que supera ampliamente el marco ideológico de ese partido (Piper et al., 2009).

Investigando Lugares de Memoria

Las conmemoraciones utilizan espacios significativos para la colectividad que recuerda, ya sea porque allí ocurrió algún acontecimiento relacionado con el pasado que se conmemora, como un asesinato o enfrentamiento, o porque en ese lugar se erige algún objeto memorial, como un

monumento o muro de nombres. Estos lugares de memoria buscan hacer visibles en el espacio público ciertos hechos o figuras significativas del pasado (Achugar, 2003; Jelin & Langland, 2003).

El concepto de lugar de memoria fue propuesto por Pierre Nora (1984), refiriéndose a una unidad significativa, de orden material o ideal, que la voluntad de las personas o el trabajo del tiempo transforma en un elemento simbólico del patrimonio memorialista de una comunidad. Sostenemos que, más allá de la intención de construir un elemento simbólico, un lugar de memoria deviene en tal solo en la medida en que es utilizado para recordar. Ello implica poner atención a su carácter performativo, centrándonos en los usos y apropiaciones que, por medio de acciones de memoria, enuncian, articulan y construyen sentidos del pasado.

Los lugares de memoria son marcados material y/o simbólicamente, transformándose en espacios de enunciación (Achugar, 2003). El mensaje que se busca transmitir es plasmando en materialidades que dialogan con distintos tipos de actores sociales y que son interpretados de múltiples maneras. Así, un mensaje que significa una cosa para sus autores y autoras, y sus gestores y gestoras, puede significar otra totalmente distinta para quienes lo visitan, y ese significado cambia según el contexto de interpretación. Así, el lugar se constituye en la tensión entre su dimensión enunciativa y su dimensión interpretativa. El resultado final surge de una experiencia con el espacio, en la cual los significados sobre el pasado se enlazan con los significados sobre el lugar. Un acercamiento performativo enriquece la mirada discursiva, al incorporar la dimensión de uso del lugar y su incidencia en los significados en torno a él. Esos significados son el centro de interés de una psicología social de la memoria, que se pregunta por las versiones del pasado que promueve el lugar y por los efectos psicosociales de sus estrategias materiales y estéticas (Piper & Hevia, 2013). En las diversas investigaciones realizadas (Fernández, 2006; Piper, 2005; Piper et al., 2009) y usando dispositivos metodológicos orientados a la observación de prácticas conmemorativas y a la producción de discursos sobre el pasado, hemos constatado que el dolor y el sufrimiento de las víctimas constituye no solo un elemento central en los recuerdos, sino que son también el actor central de los lugares de memoria. La mayoría de estos espacios, al menos en Chile, es producto de la iniciativa y esfuerzo de agrupaciones de víctimas, que son también quienes los gestionan y conservan. Estas han tenido un rol activo en la organización y realización de conmemoraciones, en la recuperación, preservación y utilización de lugares de memoria y en la interpelación al Estado para que apoye la realización de iniciativas en este campo (Piper et al., 2009).

Desde la recuperación de la democracia en 1990, las agrupaciones de derechos humanos han liderado diversos tipos de iniciativas de recuerdo de la dictadura, convirtiéndose en lo que Jelin (2002) llama emprendedores de memoria. Sus acciones se han centrado preferentemente en la denuncia y recuerdo del terrorismo de Estado, buscando, por un lado, recordar a sus familiares y, por otro, señalarle a la sociedad aquello que nunca más debiera ocurrir. En este proceso la realización de conmemoraciones y la construcción de lugares de memoria resultan fundamentales. Estos últimos son la materialización del vínculo entre pasado y presente, así como referentes de identificación para los colectivos que los usan. Muchos de estos grupos llevan el nombre del lugar con el cual se relacionan (Colectivo Londres 38 o Colectivo José Domingo Cañas). Se identifican con el entorno material que recuerda su condición de víctima del terrorismo de Estado y es justamente el hecho de recordar/se en relación con un espacio determinado lo que les otorga las condiciones de posibilidad de seguir pensándose como colectividad. Es decir, la existencia misma de ciertos grupos depende en buena medida de la performance que desarrollan en torno a estos lugares, es decir, los rituales de memoria que van otorgando tanto el sentido del lugar como el de las propias definiciones identitarias de los grupos (Piper et al., 2009).

Los usos que los movimientos de derechos humanos hacen de los lugares de memoria contribuyen a los procesos de reparación de afectados y afectadas, posibilitando la elaboración de sus duelos y traumas. Sin embargo, sus símbolos, estéticas y mensajes, así como las características de los ritos que en ellos se realizan, tienen el efecto de contribuir a la construcción de la identidad de víctima. El ser víctima opera como eje articulador de las luchas

en torno por la memoria, contribuyendo a convertir dichas identidades en esenciales, naturales y homogéneas y a contraponerlas al sujeto no-víctima (Piper, 2009).

En nuestras investigaciones hemos observado que los lugares de memoria cumplen con al menos dos objetivos: por un lado, constituyen un homenaje a las víctimas, su compromiso político y su muerte trágica y, por otro lado, son una fuente de transmisión de memoria al resto de la sociedad, especialmente a las nuevas generaciones (Piper et al., 2009). Es precisamente en estos sujetos no-víctimas, interpelados a conocer y recordar, en quienes estamos centrando nuestras investigaciones actualmente: ¿cómo interactúan con los lugares de memoria? ¿cómo utilizan estos escenarios de recuerdo? ¿cómo significan el pasado desde y con ellos? ¿qué relatos construyen al relacionarse con estos lugares? ¿cómo se diferencian los relatos y las interacciones de las diversas generaciones?

Investigando Otras Memorias

Las investigaciones realizadas en torno a conmemoraciones y lugares de memoria muestran la centralidad de la figura de la víctima en estas prácticas y la invisibilización de aquellos que no sufrieron directamente la represión política de la dictadura (Fernández, 2006; Piper et al., 2006; Piper et al., 2009). Esto nos llevó a preguntarnos por estas “otras memorias”, incluyendo las de aquellas generaciones que no vivieron dicho período histórico.

En la sociedad chilena circulan actualmente las memorias de quienes fueron actores sociales del período 1970-1990 y las de las generaciones más jóvenes, quienes, por no haber nacido aún o por ser niños o niñas en esa época, no fueron testigos directos de la Unidad Popular, el golpe y la dictadura. Estas diferentes memorias generacionales se cruzan, conviven y se confrontan en el presente, protagonizando lo que Aróstegui (2006) llama acciones intergeneracionales, que no solo constituyen una sucesión de memorias, sino también un debate entre ellas. De lo anterior se desprende una distinción preliminar sobre las memorias generacionales: entre aquellas construidas por quienes fueron contemporáneos de los hechos que se recuerdan y aquellas construidas por quienes no fueron protagonistas directos. Al respecto, hemos observado que la definición de *generación* se hace en relación a la dictadura/transición, es decir, quienes nacieron antes de la transición a la democracia se consideran a sí mismos como parte de la generación de quienes vivieron la dictadura, distintos de quienes nacieron una vez recuperada la democracia. Ambos tipos de memoria suponen fuentes diferentes: la experiencia directa, en un caso, y la adquisición/apropiación de la información transmitida a través de diversos medios, en el otro (Oddone & Lynch, 2008).

Toda memoria está inserta en procesos de significación más amplios y, por tanto, está mediada por los símbolos e imaginarios que circulan en su sociedad y que son dinámicos y cambiantes. Pero ello no implica que las interpretaciones del pasado sean homogéneas, pues estas se llevan a cabo desde el lugar que el sujeto que recuerda ocupa en el vértice de las diversas corrientes de pensamiento social (Halbwachs, 1950). El hecho de haber vivido la experiencia constituye una fuente fundamental de sentido de lo que se recuerda, constituyéndose en la principal diferencia respecto de aquellas generaciones cuyas fuentes carecen de dicha vivencia. “Si el pasado no fue vivido, su relato no puede sino provenir de lo conocido a través de mediaciones” (Sarlo, 2005, p. 128). En consecuencia, no solo es relevante preguntarse por las memorias que las diversas generaciones construyen respecto del pasado reciente-conflictivo de la sociedad, sino también por cuáles son las relaciones que existen entre ellas.

Desde una perspectiva que incorpora las dimensiones discursivas y performáticas del hacer memoria, investigamos la relación que personas de distintas generaciones y que no son ni víctimas ni cercanas a las víctimas de las violaciones a los derechos humanos establecen con lugares de memoria. Para ello elaboramos un dispositivo de producción de información que denominamos “Método de Acompañamiento Dialógico Interactivo”, que consiste en un recorrido libre del sitio por parte de los participantes, siempre acompañados por un investigador o investigadora, con quien dialoga y quien registra en video su interacción con el espacio. Posteriormente los participantes discuten grupalmente las impresiones, ideas y recuerdos que

dicho recorrido les evocó. El análisis del material nos muestra que los sitios actúan como escenarios de performatividad y que las memorias que en estos se construyen contribuyen a la conformación de sujetos cuyas identidades se definen en relación a la distancia (temporal y experiencial) de la dictadura y su violencia (Espinoza, Piper & Fernández, 2013).

Reflexiones en Torno a Políticas del Recuerdo

Para una psicología social de la memoria la agencia, y por tanto la performance, no es exclusiva de las personas, sino que es también una propiedad de grupos, instituciones, organizaciones, y también objetos materiales.

La mayoría de las investigaciones sobre políticas del recuerdo la entiende como política pública, es decir, una política institucional que contiene objetivos, programa e instrumentos definidos e implementados por el Estado (Vinyes, 2009). Sin embargo, la incorporación de la dimensión performativa nos ha llevado a entenderla también como acción política ciudadana, es decir, como prácticas políticas de grupos cuyo horizonte principal es la defensa y transmisión de las memorias de las violaciones a los derechos humanos. Si se entiende a la acción política como performativa, entonces dicha separación resulta artificial, pues se trata solo de distintos campos de acción. Las políticas de Estado inciden en las prácticas de las organizaciones y las acciones de estas últimas dan cuerpo a las políticas de Estado (Piper et al., 2009).

Nuestras investigaciones nos han mostrado que los gobiernos post-dictatoriales han implementado políticas de reparación que buscan resolver el legado de las violaciones a los derechos humanos. Entre ellas está la construcción de monumentos y memoriales como forma de reparación simbólica y colectiva y como reconocimiento a las víctimas y su memoria. Sin embargo, no han llegado a implementar una política del recuerdo, pues, aunque existen diversas iniciativas de memoria, no hay una política que defina objetivos, desarrolle un instrumento y lleve a cabo un programa (Piper et al., 2009). En este sentido, podríamos decir que las iniciativas de Estado respecto de la memoria se inscriben bajo la lógica de una performance débil, propia del modelo cultural de la transición, caracterizado por la evitación del conflicto (Del Campo, 2004), que ha respondido a la interpelación de los movimientos sociales más que a emprender acciones propias.

La proliferación de lugares de memoria y su gestión activa por parte de las agrupaciones de derechos humanos no solo manifiesta la ausencia de una política pública del recuerdo, sino la importancia y urgencia de su realización. Solo así podrá el Estado garantizar el derecho ciudadano a la conservación y transmisión de la memoria, permitiendo la articulación de las iniciativas tanto de estas agrupaciones como de diversos organismos del Estado (Piper et al., 2009).

Discusión y Conclusiones

La psicología social de la memoria que desarrollamos ha centrado sus investigaciones en las acciones por medio de las cuales recordamos nuestro pasado reciente, considerando que éstas son a la vez lingüísticas y performativas. En este artículo hemos mostrado la importancia de incorporar ambas dimensiones en el análisis de conmemoraciones, lugares de memoria y políticas del recuerdo. Es importante insistir en que el giro performativo de nuestra psicología social de la memoria no implica el abandono de su dimensión discursiva, sino su enriquecimiento a través del énfasis en prácticas de memoria mediante el uso de metodologías etnográficas que incorporen el diálogo semiótico-material.

Las conmemoraciones son una puesta en escena pública de las diversas memorias existentes en la sociedad. Así como ocurrió con ocasión de los 30 años del golpe de Estado en Chile (Fernández, 2006), las conmemoraciones de los 40 años, que ya están adquiriendo visibilidad, tienen la potencialidad de dinamizar y tensionar los debates y versiones que circulan en torno al 11 de Septiembre y la dictadura militar. Ello implica algunos desafíos para una psicología social de la memoria.

Por una parte, cabe considerar que esta conmemoración se dará en el contexto de un gobierno de derecha. Esto hace esperable cierto desplazamiento de sectores de izquierda o centro izquierda, ahora en la oposición, hacia posturas más radicales que las que tuvieron cuando se encontraban en el poder, cuando buscaban mantener la gobernabilidad propia del modelo cultural de la transición a la democracia, caracterizado por la contención de la conflictividad social y el consenso entre los bloques políticos mayoritarios (Del Campo, 2004). Liberados de sus compromisos gubernamentales, los partidos políticos de la Concertación de Partidos por la Democracia quedan menos constreñidos a limitar sus interpretaciones sobre el pasado y eventualmente entran a disputar un espacio en las posturas más cercanas a las agrupaciones de derechos humanos. Esto podría implicar ciertos cambios en la configuración de relaciones y disputas entre movimientos de derechos humanos y espacios instituciones, que es importante no perder de vista.

Por otro lado, las convocatorias que están circulando en Chile para conmemorar los 40 años del golpe militar están haciendo un llamado a desplazar el foco del recuerdo desde las víctimas hacia la recuperación de las experiencias históricas y proyectos transformadores, con el fin de contribuir a las luchas del presente. Aunque esta propuesta no es nueva, sí muestra la voluntad de abrir las memorias victimizantes a otras dimensiones, tales como las luchas políticas que llevaron a las víctimas a convertirse en tales, descentrando la reflexión de su figura y atendiendo más bien a los proyectos que sus luchas encarnaban. Resulta necesario estar atentos y atentas a los efectos de esta apertura, que podría contribuir a consolidar o tensionar las memorias dominantes, siempre incorporando en el análisis aquellas otras memorias construidas desde espacios sociales diversos y por otros sujetos que no vivieron directamente la represión política.

Referencias

- Achugar, H. (2003). El lugar de la memoria, a propósito de monumentos (motivos y paréntesis). En E. Jelin & V. Langland (Eds.), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales* (pp. 191-216). Madrid, España: Siglo XXI.
- Aróstegui, J. (2006). Traumas colectivos y memorias generacionales. En J. Aróstegui & F. Godicheau (Eds.), *Guerra civil: mito y memoria* (pp. 57-94). Madrid, España: Marcial Pons.
- Austin, J. L. (1962). *Cómo hacer cosas con las palabras*. Barcelona, España: Paidós.
- Bartlett, F. C. (1930/1995). *Recordar*. Madrid, España: Alianza.
- Butler, J. (1997). *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid, España: Síntesis.
- Butler, J. (2001). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. México DF, México: Paidós.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del 'sexo'*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Del Campo, A. (2004). *Teatralidades de la memoria: rituales de la reconciliación en el Chile de la transición*. Santiago, Chile: Mosquito Comunicaciones.
- Espinoza, A. E., Piper, I. & Fernández, R. A. (2013). The study of memory sites through a dialogical accompaniment interactive group method. A research note. *Qualitative Research*. Anticipo en línea de la publicación. doi:10.1177/1468794113483301 Extraído de <http://qrj.sagepub.com/content/early/recent>
- Fernández, R. (2006). *Memoria y conmemoración del golpe de estado de 1973 en Chile: la marcha del 11 de Septiembre desde una perspectiva autoetnográfica* (Tesis de Magister no publicada), Universidad ARCIS & Universidad Autónoma de Barcelona, Santiago, Chile.
- Fernández, R. (2012). *Manifestaciones conmemorativas, rituales ciudadanos y producción del espacio público. Santiago de Chile 1990-2010* (Tesis de Doctorado no publicada), Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile.
- Flores, G., Íñiguez-Rueda, L. & Martínez, A. (2012). *Discurso y materialidad: pensar las prácticas semióticomateriales*. Manuscrito sometido para publicación.
- Gadamer, H. G. (1975/1993). *Verdad y método*. Salamanca, España: Ediciones Sígueme.
- Halbwachs, M. (1925). *Les cadres sociaux de la mémoire* [Los marcos sociales de la memoria]. Paris, Francia: Albin Michel.
- Halbwachs, M. (1950). *La mémoire collective* [La memoria colectiva]. Paris, Francia: Presses Universitaires de France.
- Íñiguez, L. & Antaki, C. (1998). Análisis de discurso. *Revista Anthropos*, 177, 59-66.
- Jelin, E. (2002). *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas infelices*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Jelin, E. & Langland, V. (2003). *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Magendzo, S., Rubio, M. & Aubel, B. (1999). Vivencia infantil del clima de violencia y represión bajo dictadura su relación con la constricción y el miedo, cuando jóvenes. *Psykhé*, 8(2), 73-83.
- Middleton, D. & Brown, S. D. (2005). *The social psychology of experience: Studies in remembering and forgetting*. London, Reino Unido: Sage.
- Middleton, D. & Edwards, D. (1990). Recuerdo conversacional: un enfoque sociopsicológico. En D. Middleton & D. Edwards (Eds.), *Memoria compartida: la naturaleza social del recuerdo y el olvido* (pp. 38-62). Barcelona, España: Paidós.

- Moscovici, S. (1984/1985). Introducción. En S. Moscovici (Ed.), *Psicología social I* (pp. 17-37). Barcelona, España: Paidós.
- Nora, P. (1984). Entre mémoire et histoire: La problématique des lieux [Entre memoria e historia: la problemática de los lugares]. En P. Nora (Ed.), *Les lieux de mémoire, Vol. I.* [Los lugares de memoria] (pp. 23-43). París, Francia: Quarto Gallimard.
- Oddone, M. J. & Lynch, G. (2008). Las memorias de los hechos socio-históricos en el curso de la vida. *Revista Argentina de Sociología*, 6(10), 121-142.
- Piper, I. (2005). *Obstinaciones de la memoria: la dictadura militar chilena en las tramas del recuerdo* (Tesis de Doctorado no publicada), Departamento de Psicología Social, Universidad Autónoma de Barcelona, España.
- Piper, I. (2009). Investigación y acción política en procesos de memoria colectiva. En R. Vinyes (Ed.), *El Estado y la memoria: gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia* (pp. 151-172). Barcelona, España: RBA.
- Piper, I., Arteaga, C., Escobar, M. & Reyes, M. J. (2009). *Usos del espacio, identidades sociales y políticas del recuerdo: análisis psicosocial de lugares de memoria de los conflictos violentos de nuestro pasado reciente* (Proyecto FONDECYT regular 1070926). Santiago, Chile: Universidad de Chile, Departamento de Psicología.
- Piper I., Escobar, M., Fernández, R. & Raposo, P. (2006). *Memoria colectiva e identidades sociales: cuerpos, estéticas y espacios* (Programa de Investigación 1104). Santiago, Chile: Universidad ARCIS.
- Piper, I. & Hevia, E. (2013). *Espacio y recuerdo: archipiélago de memorias en Santiago de Chile*. Santiago, Chile: Ocho Libros.
- Piper, I. & Montenegro, M. (2008). Análisis crítico de la categoría "víctima": apertura para la acción política. *Actual Marx Intervenciones*, 6, 125-138.
- Piper, I., Reyes, M. J. & Fernández, R. (2012). Women and public space: A psychosocial analysis of the monument "women in memory". *Feminism & Psychology*, 22, 249-260. doi:10.1177/0959353511415966
- Piper, I., Reyes, M. J. Fernández, R., Hevia, E., Badilla, M. & Olivari, A. (2011). Lugares de memoria en Santiago de Chile: análisis visual de la construcción de sujetos. En C. A. Cisneros (Ed.), *Análisis cualitativo asistido por computadora: teoría e investigación* (pp. 209-233). México DF, México: Universidad Autónoma Metropolitana/Miguel Ángel Porrúa.
- Prado, M. I. & Krause, M. (2004). Representaciones sociales de los chilenos acerca del 11 de Septiembre de 1973 y su relación con la convivencia cotidiana y con la identidad chilena. *Psykhé*, 13(2), 57-72. doi:10.4067/S0718-22282004000200005
- Radstone, S. (Ed.) (2000). *Memory and methodology*. Oxford, Reino Unido: Berg.
- Real Academia Española (2001). *Diccionario de la lengua española* (22ª ed., Vol. 2). Madrid, España: Espasa Calpe.
- Reguillo, R. (2005, Octubre). *Memorias, performatividad y catástrofes: ciudad interrumpida*. Conferencia dictada en el Coloquio Políticas del Recuerdo: Dimensiones Performativas de las Conmemoraciones, Universidad ARCIS, Santiago, Chile.
- Ricœur, P. (1984/1987). *Tiempo y narración II. Configuración del tiempo en el relato de ficción*. Madrid, España: Cristiandad.
- Ricœur, P. (2001). De la fenomenología al conocimiento práctico: paisaje intelectual de mi vida. *Archipiélago: Cuadernos de Crítica de la Cultura*, 47, 31-40.
- Rosa, A. (2001). Memoria colectiva, historia y futuro. *Psykhé*, 10(1) 19-33.
- Sarlo, B. (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Searle, J. (1965/1977). *¿Qué es un acto de habla?* Valencia: Teorema [L. Valdés Villanueva, Trad.; Título original: What is a speech act, en M. Black (Ed.), Philosophy in America (pp. 221-239). London, Reino Unido: Allen & Unwin].
- Taylor, D. (2005, Octubre). *El espectáculo de la memoria: trauma, performance y política*. Ponencia presentada en el Coloquio Políticas del Recuerdo: Dimensiones Performativas de las Conmemoraciones, Universidad ARCIS, Santiago, Chile.
- Tocornal, X. (2008). *The Chilean memory debate: Mapping the language of polarization* (Tesis de Doctorado no publicada), Loughborough University, Reino Unido.
- Vázquez, F. (2001). *La memoria como acción social: relaciones, significados e imaginario*. Barcelona, España: Paidós.
- Vázquez, F. & Muñoz, J. (2003). La memoria social como construcción colectiva. En F. Vázquez (Ed.), *Psicología del comportamiento colectivo* (pp. 189-258). Barcelona, España: Editorial de la Universitat Oberta de Catalunya.
- Vinyes, R. (2009). La memoria del Estado. En R. Vinyes (Ed.), *El Estado y la memoria: gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia* (pp. 23-66). Barcelona, España: RBA.

Fecha de recepción: Diciembre de 2012.

Fecha de aceptación: Junio de 2013.

TITULO CORRIDO PÁGINA IMPAR:

PSICOLOGÍA SOCIAL DE LA MEMORIA

APELLIDO AUTORES PÁGINA PAR:

PIPER-SHAFIR, FERNÁNDEZ-DROGUETT E ÍÑIGUEZ-RUEDA